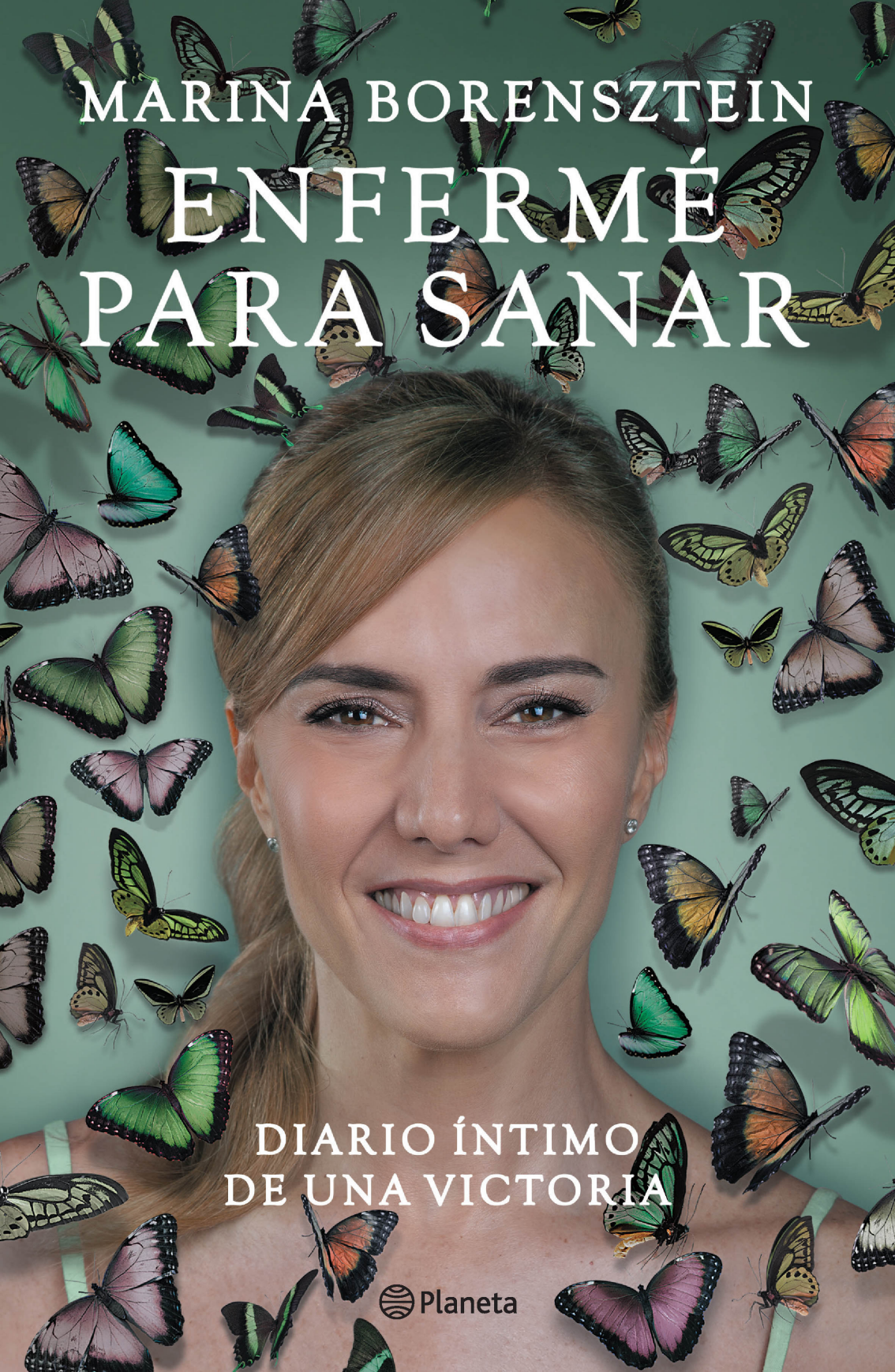




# MARINA BORENSZTEIN ENFERMÉ PARA SANAR

DIARIO ÍNTIMO  
DE UNA VICTORIA

 Planeta

MARINA BORENSZTEIN

# ENFERMÉ PARA SANAR

 Planeta

PRIMERA PARTE

# LA OSCURIDAD REPENTINA

## Martes 29 de noviembre de 2011

¡TENGO CÁNCER DE MAMA! Increíble pero real. No tengo ganas de nada. Me voy a dormir y me despierto varias veces en la noche sin saber si es una muy mala pesadilla o es verdad. Lo mismo me pasó cuando murió mi papá. Y era verdad. No lo vi nunca más, salvo alguna que otra vez cuando a mi inconsciente se le antoja que sueña con él.

Soy una mujer obsesiva, que va al ginecólogo todos los años religiosamente; no soy hipocondríaca, pero sí cuidadosa y precavida. Hoy encontré una ecografía mamaria y mamografía de marzo de 2010 donde todo estaba perfecto: BIRADS 1.

BIRADS 1 2 3 4 5 es la denominación que le ponen al informe de estos estudios para que una y el médico sepamos si hay algo que está mal o no. Hoy, 29 de noviembre de 2011, soy BIRADS4C. Tengo un carcinoma lobulillar infiltrante. Me operaron el viernes 18 de noviembre, y por suerte el ganglio centinela no se enojó conmigo y además hizo muy bien su trabajo, así que por ahora estoy fuera de peligro de muerte.

«¡ESTÁS CURADA!» me dicen algunas personas cuando les cuento que el ganglio centinela está sano. El centinela es el que cuida, el guardián, el vigilante. Si ese ganglio está tomado o enfermo, sonaste ¡es todo mucho más jodido porque signi-

fica que las células malignas se pueden haber desparramado por otras partes del cuerpo! Yo no me lo creo ni me alegro, aunque para todos los médicos del planeta Tierra esa sea una excelente noticia. ¡Guau, qué suerte que tengo! ¡Debería estar festejando! Pero no, no puedo festejar que tengo un cáncer que, según las estadísticas, por ahora no me va a matar. «Es una gran oportunidad, una bendición», me dijeron otros optimistas *new age*. «Es una temporada, yo tengo un montón de amigas que pasaron por lo mismo y están bárbaras, te hacen rayos, o la quimio y ya está». Puedo seguir con la lista de frases absurdas que me dicen para sacarme del shock y del pánico que desde hace un mes no me calma nada ni nadie.

Por orden estricta de Daniel, mi terapeuta, tengo que escribir todo lo que me pasa como si fuera una pastilla diaria que voy a tomar para curarme. Él siempre me alienta para que escriba, le gusta cómo lo hago. Le voy a hacer caso. Voy a escribir. Voy a relatar los hechos tal cual me fueron sucediendo.

El 30 de diciembre de 2010, diez meses después del BI-RADS 1, estaba feliz con Oscar y Malena en Punta Cana. Me estaba bañando y me toqué una bolita en la mama derecha abajo del pezón. Rápidamente se la mostré a Oscar, le pedí que tocara y traté de tranquilizarme porque desde Punta Cana, a un día de festejar el año nuevo, no había nada que yo pudiera hacer, así que intenté no entrar en pánico y seguí disfrutando de las vacaciones en el paraíso caribeño, sabiendo que el 2 de enero ni bien aterrizara en casa lo primero que tenía que hacer era ir a ver al médico. Y lo hice. Fui a ver a un oncólogo amigo de la familia, el Dr. J. Me dio órdenes para los estudios pero como en todos los lugares a los que llamaba para hacerlos me ofrecían turno para febrero, le pedí a Oscar el teléfono de su médico clínico en el Hospital Alemán. Lo vi a la mañana siguiente y él me dio órdenes urgentes para los estudios que me hicieron ese mismo día en el Hospital. El 5 de enero tenía

mi nueva mamografía y ecografía mamaria, pero esta vez era BIRADS 4. El informe decía: imagen nodular hipoecoica lobulada de contornos netos de 6mm x 8mm. Y eso fue lo que le leí al clínico de Oscar por teléfono, omitiendo rotundamente lo que para mí en ese momento era una sigla sin trascendencia: BIRADS 4. El médico me dijo que seguramente no era nada para preocuparme, pero que se lo llevara cuando pudiera a mi ginecólogo. Supuse, equivocadamente, o quise suponer, que mi ginecólogo estaba de vacaciones, así que llamé al oncólogo amigo de la familia. Él también omitió preguntarme la sigla. Me dijo que no debía ser nada, y me quedé muy tranquila. Guardé el sobre con los estudios en un cajón de mi mesita de luz y me fui a vivir a nuestra casita de Cardales durante el resto del verano. El 14 de febrero, como regalo del día de los enamorados, Oscar me propuso casamiento. Me dediqué a organizarlo y dejé de lado toda preocupación. Estaba feliz como pocas veces en mi vida. El 19 de agosto nos casamos. ¡Fue una fiesta soñada!

Nunca dejé de tocar la bolita. Esperaba que un día, tal vez después de una menstruación, desapareciera así como apareció como por arte de magia. Mientras tanto organicé la fiesta sorpresa de los ochenta años de mi mamá y después ella se operó de la cadera, y así seguí ocupándome de otras cosas sin ir al ginecólogo. Hasta que mi cuerpo me mandó una señal: tuve una menstruación con dolores más fuertes que lo habitual y mucha pérdida. A la semana siguiente estaba en su consultorio con la eco mamaria de enero. «¿Pero cómo no me trajiste esto antes? Es un BIRADS 4», me dijo con esa sonrisa y esa calma que siempre tiene a pesar de todo. Mi ginecólogo es el hombre que hasta hoy más me duró en la vida. Me atiende desde que tengo diecisiete años y ya tengo cuarenta y cinco.

Se me cayó un piano de cola en la cabeza. A pesar de su intento por tranquilizarme, yo no podía creer que siendo como



soy no lo había ido a ver en enero. ¿Por qué supuse que sus vacaciones eran en enero y no en febrero o en marzo? «Bueno, no te culpes ahora, es muy común que pase esto, la gente se hace un estudio y lo guarda». Pero yo no lo había guardado desentendiéndome del tema. Confié en dos médicos que no me pidieron ver el estudio, que se quedaron tranquilos con lo que les leí por teléfono. Y yo también me quedé tranquila. Ahora pienso que las cosas sucedieron así para que este año Oscar y yo nos pudiéramos casar. También pienso que tuve mucha suerte, porque de enero a noviembre la enfermedad se podría haber expandido y todo hubiese sido mucho más grave.

Esto fue el 2 de noviembre, hace casi un mes. Al día siguiente operaban a mamá de la cadera por segunda vez (en un mes) en el sanatorio Mater Dei. Mientras la acompañaba a ella me hice la nueva ecografía mamaria que me pidió mi ginecólogo, y sintiéndome la persona más desgraciada de la tierra esperé tres horas, agotada por la ansiedad, a que mi vieja saliera del quirófano. La acompañé a terapia intensiva. Ella temblaba y lloraba como una nena por efecto de la anestesia, y yo estaba dura de miedo mientras mi hermano Ale le acariciaba la cara y trataba de calmarla. ¿Quién me iba a decir que quince días después la que entraría al quirófano y despertaría de la anestesia temblando en el Mater Dei iba a ser yo? A las diez de la noche me fui a mi casa, dejé a mi mamá solita en ese estado, y mientras manejaba angustiada recordaba una situación similar con mi papá en la misma terapia intensiva, sin imaginar lo que yo tenía por delante.

A la mañana siguiente, cuando fui a visitarla, bajé al segundo piso, y retiré mis estudios. Exactamente diez meses después mi ecografía decía BIRADS 4 C. Mi nódulo había aumentado su tamaño a 1cm y sus contornos ya no eran netos sino irregulares. ¡Empezaba la pesadilla en serio! ¡El tren fantasma!

El lunes 7 voy a ver a mi ginecólogo con Oscar. Nos explica la situación todo lo que puede. Yo pregunto todo. Quiero saber. Me doy cuenta de que él es bastante prudente para contestar. Por ahora no tiene mucha información. Nos dice que hay que hacer urgente una punción. Tengo suerte y organiza todo para que el martes 8 me la hagan al día siguiente. ¡Horrible! pero me la banco como una leona, soy Uma Thurman en Kill Bill. Aguanto estoica y actúo una simpática mientras el Dr., me pincha la teta mientras me habla sobre papá y me cuenta que comió una vez con él en la casa de no sé quien en Punta del Este. Esperamos los resultados durante una semana interminable. Al lunes siguiente, 14 de noviembre, a la mañana me llama mi ginecólogo y me informa que se trata de un cáncer de mama (ahora BIRADS 5) y que me tengo que operar lo antes posible, me dice que tiene quirófano para el viernes 18. Me quedo muda, dura, paralizada, lo dejo hablar, y casi no le pregunto nada. Corto el teléfono. Estaba todavía en la cama desayunando. Llamo llorando a mi hermano Alejandro porque el celular de mi marido está apagado. Le cuento. A los dos minutos me llama mi otro hermano, Sebas, y me dice con mucha confianza que me quede tranquila, que está seguro de que no me va a pasar nada malo. Él es muy sensible e intuitivo. Entra Oscar al dormitorio, le cuento. Nos abrazamos. Lloro como una nena, como hacía mucho que no lloraba. Me descargo después de haber estado esperando la mala noticia sin derramar una lágrima. Organizamos una reunión familiar para decidir entre todos quién me opera, y para contenernos.

Voy a buscar los resultados de la punción y el médico que me la hizo por poco me da el pésame. Me cuenta de la quimioterapia, los rayos, los ganglios, todas cosas que yo no sabía y se suponía que me las iba a informar mi médico. Me imagino que lo hace porque quiere ser muy amable conmigo, con toda mi familia y me despide diciéndome: «¡Te quiero volver



a ver por acá, muchacha!». Se me aflojan las piernas. ¡¿Qué me dice?! ¿Piensa que no voy a volver más porque me voy a morir? Salgo en pánico. No sé qué hacer y llamo a Oscar. Le cuento lo que me dice este doctor mientras camino por la Av. Santa Fe buscando un taxi. A pesar de todo, aturdida, me voy al supermercado. Me llama el oncólogo, el Dr. J., enterado de la situación por mi hermano Ale mientras estoy embolsando pomelos, y me dice que vaya en ese mismo momento a ver a una médica, mastóloga, de su confianza para tener otra opinión, la Dra. N. Llamo desde ahí a Blanca, la empleada de casa, y le pido que venga corriendo al super para terminar con la compra. ¡Era lunes y tenía el cupón del 15% de descuento! Viene Blanca, le largo el carrito repleto de comida, y me voy a casa a buscar todos los estudios y a ver a la Dra. N., que me atiende de urgencia. Sigo aturdida por la calle, sin poder creer. Llego al consultorio, por suerte es muy cerca de casa. Me recibe su secretaria. Mientras espero en una salita, sola, llamo a mi tía Liana, le cuento lo que me pasa y me pongo a llorar; necesitaba contárselo a ella porque a mamá no podía. Entro al consultorio de la doctora. Un poco me tranquiliza. Es una mujer muy cálida que me dice que todo va a salir bien y me explica cómo sería la cirugía. Salgo de ahí en shock. Voy caminando por la calle y me llama Jorge, el papá de mi hija, para organizar las vacaciones. Le cuento lo que me está pasando y se queda mudo y me dice que no me preocupe, que ya veremos. Me voy a lo de mi hermano Sebas. Nos sentamos en la mesa redonda de la cocina, Oscar, mis hermanos, y Verito, mi cuñada, con Clara de tres meses en sus brazos. Hacemos una conferencia telefónica con el Dr. J. Me ayudan a decidir que el Dr. E. es el indicado aunque no esté en OSDE y la operación me cueste cinco mil dólares. Además de ginecólogo es cirujano. Me conoce desde chica, trajo a Malena al mundo, y para eso está la plata, me dicen. Mientras estamos analizando la situación suena mi celular y es la secretaria del Dr.

E. para avisarme que el doctor cambió una cirugía que tenía programada y ya tengo quirófano para el viernes a la mañana. Listo. Nada que esperar. Estoy agotada, angustiada, son las ocho de la noche de un día infernal. Oscar y yo volvemos a casa. Está Male, hay que disimular. No quiero que sepa nada por ahora. Martes y miércoles hago todos los estudios prequirúrgicos. El jueves mi prima Paty me acompaña a hacerme la marcación, un procedimiento por el cual el cirujano sabe dónde está el ganglio centinela. De nuevo me inyectan la teta, esta vez con un líquido radioactivo. Sigo bancando como una leona. Como decía mi ex cuñada Merlina, que murió de cáncer de estómago el año pasado. «Una madre no puede sentir dolor». Yo creo que sí puede, pero se lo tiene que aguantar. Merlina era muy fuerte.

Llega el día, me despierto muy serena y concentrada en que tengo que estar tranquila. Nos vamos los dos con Oscar para el sanatorio. Esperamos todas las indicaciones en la habitación. Nos viene a saludar el Dr. E. Me baño con ese líquido antiséptico amarillo, me visto para el quirófano y me vienen a buscar. Con más calma de lo que jamás me pude imaginar llego al quirófano, caminando con Oscar. Nos despedimos con un beso de mucho amor, y entro tranquila, caminando junto al camillero, en bata, con chinelas y una gorra como de ducha pero de quirófano. Me encuentro en el pasillo con el Dr. E. que está vestido con un uniforme celeste, listo para operarme. Miro por un ventanal largo y veo mi casa de la infancia en el contra frente del sanatorio. Se la muestro al doctor. Le cuento que ahí viví toda mi vida hasta que me casé con mi primer marido a los veintitrés años. Llegamos al quirófano. Es lindo a pesar de todo. ¡Por suerte puedo ir a un quirófano lindo! Sigo muy tranquila. Me acuesto en la camilla. Me tratan divinamente, todos muy cariñosos. Me explican que uno sale de la anestesia igual que como entró. Si te dormís llorando te despertás llorando. Hacía pocos días

lo había comprobado con mi mamá. Me entrego y me duermo tranquila.

Me despierto sola, escuchando a un señor que no conozco vestido de celeste, con una barba negra enorme, que con una voz muy fuerte me dice: «Marina, Marina, ¿estás bien?». Yo veo todo nublado y siento que apenas puedo respirar. Estoy confundida. De repente mi corazón se acelera y le digo haciendo un gran esfuerzo a este señor barbudo, desconocido: «Quedate conmigo». «Sí, acá estoy, tranquila», me dice, mientras escucho llorar a un nene. También algo parecido a un quejido de dolor de un hombre mayor. A pesar de intentar hacer foco y buscar con la mirada no los puedo ver porque estamos separados por unas cortinas. Me siento agarrada a la vida por un hilito. Mi respiración sigue siendo dificultosa, trato con fuerza de tomar el aire, me raspa la garganta, apenas puedo tragar y eso me asusta. En eso vuelve el barbudo que estaba anotando algo en una planilla mientras me mira y me dice: «Marina, ya estás bien. ¿Vamos?» Y la camilla se empieza a mover y yo a sentir una sensación de inseguridad, de miedo, todo se mueve muy rápido mientras veo el techo pasar, las lámparas cuadradas, y escucho las voces de gente que no conozco. Me siento con miedo, abombada. Ya no está el barbudo. Entramos en el ascensor, se mueve todo y yo apenas puedo abrir los ojos, respirar. Se abre la puerta del ascensor, salimos. La camilla se mueve mucho, y muy rápido. Veo a Oscar y a mi hermano Sebas que me sonríen felices y me levantan los pulgares. ¡Todo salió bien! El ganglio centinela está sano. No me sacaron todos los otros ganglios. No estoy tan grave. Por ahora no me voy a morir.

Me cuesta mucho despertarme, pero me doy cuenta de que todos están contentos. Estoy en la habitación con Oscar, Sebas, mi amiga íntima Marina y Paty. Pregunto la hora. Pasó el tiempo pero yo sigo dormida. Eso es raro. La operación duró tres horas. Apenas puedo hablar, me molesta mucho la gar-

ganta y no me dejan tomar agua. Trato de descansar. Tengo muchas ganas de hacer pis a cada rato. Me ponen la chata. Qué fea sensación. Sentís que te mojás toda la espalda y no sale fácil acostada. La enfermera se pone contenta porque hago mucho pis. Parece que es un buen síntoma después de una operación. Van pasando las horas y me voy despertando. Me quiero ir a casa. A las nueve de la noche, viene el Dr. E. y me da el alta. Mareada y sin fuerzas me visto con la ayuda de la enfermera mientras Oscar va a buscar el auto. Ella me acompaña llevándome del brazo hasta la puerta. Estoy feliz de irme a casa. Llegamos y Oscar me hace de comer. Me voy a dormir dolorida, pero en mi cama. Me molesta el drenaje, pero tengo muchos calmantes encima, así que me duermo. Es fin de semana largo. Tengo que aguantar hasta el martes para que me lo quiten. A la mañana siguiente no me siento bien. La anestesia me dejó una sensación muy extraña, fea. Oscar llena la casa de flores. Pasamos el fin de semana solos en casa. Él me mimó mucho, me cocina y me atiende con una amorosa dedicación. Male está con Jorge, no sabe nada. Mi mamá está recién operada de la cadera, inmóvil. Habrá pensado que soy una mala hija que no la fui a visitar. La llamo para saludarla como todos los días pero no le digo nada, invento que nos vamos a Cardales. No le quiero contar, no la quiero preocupar.

### **Miércoles 30 de noviembre**

Hoy se casa mi amiga Vero. Pasaron 12 días de la cirugía. Me siento muy cansada y deprimida, pero me voy a producir como a mí me gusta y voy a poner mucha voluntad para estar divina, aunque sea por fuera. Me compré un conjunto de pantalón de seda blanco y una camisa de gasa blanca perfecta para la situación porque tiene una manga y la otra no. Justo

del lado derecho me tapa la axila y la teta herida. Por ahora estoy con vendas y un corpiño especial. Tuve que salir a buscar algo que me sirviera. Los vestidos de mi placar eran imposibles, todos para usar sin corpiño, o bien sin mangas. Está vez, aunque me parezca mentira, el shopping me costó un gran esfuerzo. Después de arrastrarme por la avenida Callao llegué con todos los paquetes a casa y le mostré el conjunto a Oscar que le encantó. Y me vi linda, y me gusté ¡mucho! Eso levantó mi ánimo un montón. Me aterra imaginarme pelada y fea. Estoy esperando los resultados patológicos de la cirugía. Todavía no sé cuál va a ser mi tratamiento. ¿Quimioterapia? ¿Rayos? ¿Hormonoterapia? Voy a descansar un rato hasta que me tenga que peinar y maquillar. Quiero tener energía para la noche.

## **Jueves 1 de diciembre**

El Dr. E. llama al celular de Oscar, le dice que habló con el Dr.J. y que tengo que hacer quimioterapia. Oscar le sugiere que me llame y me lo diga él. El Dr. E. me llama y me lo dice. Otra vez me quedo muda en el teléfono. Esta vez me pongo muy mal. Oscar entra a casa y me abraza, me dice que me va a acompañar y que vamos a salir adelante juntos. Me tengo que ir a terapia. El teléfono suena sin parar. Mi hermano Sebas insiste en llevarme con el auto. No me quiere dejar sola en ese estado. Lo tranquilizo como puedo y me voy en un taxi porque no estoy para manejar. En el camino discuto por teléfono con Ale, mi hermano mayor. Me quiere tranquilizar, pero es imposible. La que va a poner el cuerpo soy yo. Me dice que habló con el Dr.J. y que no es grave lo que tengo. Si tomamos como parámetro a Merlina, que pobrecita no se pudo curar, tal vez tenga razón. Pero para mí es lo más grave que me pasó en la vida y me asusta mucho. Me molesta la

comparación. Estoy tan alterada que me molesta todo. Me siento agotada y muy angustiada. No tengo consuelo.

## **Domingo 4 de diciembre**

Estoy en Cardales y es domingo. Mientras escucho el Mantra Gayatri que me mandó mi amigo Rubén por mail, voy a tratar de seguir escribiendo. No tengo muchas ganas pero ayer Daniel, mi terapeuta, me mandó un mensaje y me dijo que tengo que escribirlo todo.

A sesenta kilómetros de la capital, hacia el norte de la provincia de Buenos Aires, está nuestra casa de Cardales. En 120 metros cuadrados de interiores más muchos de jardín pasamos todo el tiempo libre que tenemos. Ni bien cruzo la barrera de La reserva Cardales, como una necesidad imperiosa, bajo los vidrios del auto para respirar y oler el aire de campo limpio, puro, rico, y apago la música para escuchar la naturaleza, la banda de sonido que más me gusta. Toda yo dice: aaaahhhh, con mente cuerpo y espíritu. Es un lugar nuevo, así que por ahora está muy deshabitado lo que amplifica todas estas sensaciones. Una casa cada tanto y verde, mucho verde. Teros, pájaros carpinteros, búhos y liebres son los habitantes visibles de estos espacios verdes casi vacíos. De noche, bichitos de luz, zorros y cascarudos vienen de visita mientras estamos mirando el cielo estrellado en nuestra galería. Arañas y mosquitos también hay. No es todo tan perfecto. Pero sí, es perfecto. Es hermoso. Acogedor. Alegre. Todo en blancos, marrones y verdes. Dos dormitorios con dos baños, un living comedor con la cocina incorporada y una galería con parrilla, mesa y sillones conforman el espacio ideal para olvidarnos de casi todo lo que nos pasa en la vida en la ciudad. Es nuestro sitio para descansar y pasarla bien. En Cardales todo parece detenerse para ser. Cardales me calma. Acá duermo bien y me siento tranquila.



Se me van los miedos. Me distraigo. Me acuesto en el sillón de la galería y me quedo mirando los árboles, las plantas, los insectos, los pajaritos, las liebres, y todo me parece maravilloso, increíble. Empiezo a sentir que me fundo con todo y me tranquilizo. Miro las hormigas que tienen una vida tan frágil. Uno sin querer las va aplastando, y pienso que soy parte de un ciclo natural en el que nacemos y nos morimos, como las flores o los patos. Y aunque no somos tan frágiles como las hormigas, en cualquier momento cualquier cosa nos puede matar. Lamentablemente a la noche nos tenemos que volver, subir al auto y agarrar la bendita Ruta 9. Un colibrí mete su piquito en las florcitas blancas que brotan de entre las cañas verdes. Oscar me mima cada día más y me hace feliz. Quiero que se detenga la vida en este instante. No quiero tener que volver a la ciudad y mañana levantarme temprano. No quiero ir a buscar los resultados patológicos del tumor para llevárselos al nuevo médico que me va a decir qué tengo que hacer de ahora en adelante. No quiero pensar que tengo que curarme. No quiero pensar que tengo cáncer ¿Me habrán sacado todas las células malignas? ¿O habrá alguna célula rebelde por algún otro lado? Ahora, a vivir con la espada de Damocles arriba de mi cabeza.

El viernes a las siete y media de la tarde vino a casa el Dr. J., el oncólogo amigo de la familia. Después de esperarlo ansiosa desde la llamada nefasta del Dr. E. con la mala noticia de la quimio, ahora lo tengo sentado en el living con una deliciosa taza de Nesspreso humeante que yo misma le preparé. No recordaba ni si quiera haber hablado con el Dr. E. y titubea sobre el tratamiento desdiciendo lo que el Dr. E. nos había comunicado tres días atrás como su decisión. Yo tenía que hacer quimio. No tenía los resultados patológicos con él, ni yo los tenía. Tampoco los tenía el Dr. E. Nadie me dijo que los tenía que ir a retirar. Lo hubiese hecho sin ningún problema.

Hoy esta es mi única ocupación. Confié en que entre los dos médicos iban a hacerse cargo. Hablaba tan en el aire, sin tener nada claro, que Oscar, sin entender lo que está pasando, con mucha calma pero enojado, decide llamar también en ese momento al Dr. E. Es posible que yo en mi estado hubiera entendido mal, pero ¿Oscar también había entendido mal? Y de repente, empezó a estar todo muy confuso. Era última hora del viernes y el laboratorio del Mater Dei iba a estar cerrado hasta el lunes. Otra vez la espera. «Si es un G3 se hace quimio, pero no es un G3 es un G1». «Si es un lobulillar siempre es un G3», dijo el Dr. E. Y el Dr. J. me había dicho la semana anterior que un G3, (grupo 1, 2, 3) es tan malo como tener los ganglios tomados. «Un G3 es un tumor agresivo, el más agresivo, y se trata con quimio para que no quede nada, para disminuir las posibilidades de reincidencia», me dijo el Dr. J. «Hacemos la quimio porque el tamaño del tumor terminó siendo de 3 cm» le explicó el Dr. E. a Oscar. No sabíamos a quien creerle. ¿Era posible que hayan manejado semejante decisión por teléfono y me la hayan comunicado sin estar del todo seguros? Nadie tenía los resultados en la mano. Hacían conjeturas. ¿Pensaron en mí? «Andá tranquila a Cardales y el lunes hablamos» me dijo el Dr. J. con la taza de café en la mano. ¡¿Tranquila?!

Me hicieron vivir las cuarenta y ocho horas más angustiantes de mi vida. Me explotó la cabeza. «¿Me voy a quedar pelada? ¿Me voy a sentir enferma, descompuesta, cansada? ¿Cómo voy a ocuparme de Male? ¿Qué le voy a decir? Le voy a tener que contar que tengo cáncer y se va a asustar mucho porque la mamá de sus primos se murió el año pasado. Va a sufrir de verme mal. Pobre Oscar. Pobre mamá. Pobres todos lo que me aman, van a sufrir conmigo. ¿Cómo hago con el verano y las vacaciones? Male no tiene colegio. ¿Los pelos se caen de la cabeza o de todos lados? ¡Y nosotros que estamos de luna de miel! ¡Ya bastante que tengo una teta a la que le falta un pedazo, con una cicatriz igualita a un cierre relámpago!

Y si me tengo que hacer quimio entonces es más grave de lo que creí». Pensaba todo esto mientras me probaba un vestido que había encargado en Paula Cahen D'Anvers hacía un mes. Justo me llamaron en medio de esta tormenta para avisarme que el vestido celeste a lunares blancos me esperaba ansioso en el Recoleta Mall, a dos cuadras de casa. ¡Ni lo dudé! Tenía la excusa perfecta. Tal vez nunca más vaya de shopping. Qué placer comprármelo sin culpa. Sin pensar en nada, en un impulso bien reflexivo le pedí a la vendedora que lo planchara porque estaba muy arrugado y salí del shopping con el vestido puesto. Jamás hubiera hecho algo así de no tener un cáncer. Me fui directo al ensayo de Oscar y me quedé sentada a su lado, de la mano, mirando cómo dirige a sus actores, admirándolo, orgullosa de estar casada con él, y muerta de miedo. ¿Cómo todo pudo cambiar de un segundo al otro?

Dice Oscar que prefiere escuchar a Rod Stewart, que el Mantra Gayatry le pega para atrás. Lo entiendo, aunque si yo pudiera me iría a un monasterio hindú. Si existiera uno cinco estrellas, mejor. Sería una muy buena manera de relajarme, y tal vez hasta de curarme, aprender a vivir mejor como siempre fantaseé pero nunca hice: la meditación, el yoga, la serenidad, la sabiduría y la paz interior. Como hace Julia Roberts en la película *Comer, rezar, amar*. No sé si es el mejor ejemplo, porque ese lugar no tenía ni media estrella. Era horrible y estaba lleno de moscas. En realidad, no creo que existan los monasterios cinco estrellas. Mejor me quedo en La Reserva Cardales. No creo que haya cáncer que pueda con mi apego al confort.

Mañana, lunes a la mañana, voy a conocer a mi nuevo oncólogo. El Dr. J. terminó diciéndome que no puede tomar decisiones correctas conmigo, que sus sentimientos hacia mí y la relación con la familia interfieren con el profesionalismo. Lo que sucede conviene, como dice Oscar, porque me dijeron

que el Dr. G. es un gran médico pero sobre todo muy humano. ¿Qué querrán decir cuando dicen que un médico es muy humano? ¿Acaso no todos los médicos son muy humanos? Ayer hablamos por teléfono y me cayó muy bien. Me dijo que según los datos que le pasó el Dr. J., no cree que haga quimio sino hormonoterapia y rayos, pero que lo va a decidir con los papeles sobre la mesa. Nos alivió bastante. Lo suficiente como para tranquilizarme durante el fin de semana. ¡La buena nueva es que ni bien comience el tratamiento hormonal me transformo en una señora menopáusica! Voy a almorzar. Este asunto requiere de toda mi lucidez y para eso no puedo tener hambre.

Ahora sí... Comimos unos deliciosos sándwiches de salmón ahumado con rúcula y queso crema y tomamos champagne, ¡al mediodía! Terminamos durmiendo una siesta hermosa, con sexo y todo. ¡Esto es vida!

Estoy cansada por hoy. No escribo más. Lo de la menopausia lo dejo para otro momento. Prefiero no pensar en eso ahora. Voy a organizar la casa para irnos a Buenos Aires mientras Oscar prepara la cena. Cocina una tortilla de papa y cebolla.

## Lunes 5 de diciembre

Conocí a mi nuevo médico, el Dr. G. Parece muy humano y contenedor, efectivamente. Ahora estoy agotada y llena de información, más de la que puedo asimilar. Le conté a Male que tengo que hacer un tratamiento para curarme bien la teta que me operaron y que no vamos a tener vacaciones. Solo me preguntó si era grave y le dije que no. Según el Dr. G. las perspectivas son excelentes y tengo un muy bajo nivel de reincidencia. Todo está mejor, pero yo estoy deprimida y estresada. No me gusta tener que ocuparme tanto de mi salud. Me dijo

que tengo que hacer una resonancia magnética con contraste, para ver si en la operación me sacaron todo lo malo y también para ver cómo está la otra mama porque en un treinta por ciento de los casos, como el mío, puede ser bilateral, o sea en las dos. ¡¿Quéééé?! ¡Otra vez la incertidumbre! Estoy demasiado alterada como para meterme en el tubo. Mañana me van a tocar la teta, me van a hacer una eco doppler mamaria. No quiero que me toquen más. Estoy muy dolorida. Ahora la izquierda también está dolorida. Lo que pasa es que no son dos cosas separadas. La sana está acompañando en el sentimiento a la que está enferma. Son compañeras. Yo soy así y mis tetas también. Fieles y buenas compañeras.

### **Miércoles 7 de diciembre**

Hoy tuve un buen día. Me desperté con energía y contenta. Anoche fuimos con Manu, hija de Oscar, Blanca, mi amigo Rubén y Jorge al teatro Avenida a ver el show de baile de fin de año de Male. Bailó tap. ¡Qué divina que está! ¡Cómo le gusta el escenario! Es tan precisa, segura, luminosa. ¡Tiene mucha gracia! Me emocionó. Estoy muy vulnerable. Todo me hace llorar, justo a mí que no soy de lágrima fácil. Rubén es más emocionable y obviamente lloró porque la conoce desde que gateaba, ¡¿pero yo?! Mi amigo Rubén trabajó conmigo durante cinco años haciendo teatro para chicos y somos muy compinches. Le decimos Pololo porque Male recién estaba empezando a hablar y su personaje en la obra se llamaba Leopoldo. No le salía así que le decía Pololo. Nos queremos mucho. Tenemos una conexión particular. Pololo siempre está.

Malena me necesita mucho. Tengo que hacer todo lo que sea posible para curarme. Cuando la llevaba en el auto a la tarde para el teatro, hacía calor, el tránsito estaba pesado y no llegábamos más. Ella se dio cuenta de que yo estaba muy

cansada, agobiada, que no me sentía bien, y me contó que «a la mamá de una amiguita del cole también la operaron de una teta como a vos, y ahora está pelada porque tiene cáncer». Me quedé muda y como estábamos camino a su show no le dije que yo también. Solo le dije «¡Ah, ¿sí?!». Pero, conociendo a Male, estoy segura de que ya sabe lo que me pasa.

## **Viernes 9 de diciembre**

Otra vez en mi refugio de Cardales, ahora «mi lugar en el mundo». Ayer cuando me desperté, como es un fin de semana largo, ya estaba decidida a venir fuera como fuera. Oscar tenía que trabajar, y Male no tenía ganas, así que se fue con el padre. Pero yo preparé los bolsos, me subí al auto y a las cuatro de la tarde estaba acá. Ya en la ruta me empecé a sentir mejor. Salí de casa muy deprimida y cuando yo estoy deprimida generalmente también estoy enojada, irritable. No sé por qué, pero soy así. Se lo voy a preguntar a Daniel.

Antes de salir de la ciudad tuve mucha necesidad de ir a ver a mi mamá, como hacía mucho tiempo que no sentía. Fui a su casa decidida a buscar su contención, sus mimos. Llegué y me fui a su cuarto. No puede salir de la cama. Todavía se está recuperando de la operación de cadera. Me senté en la cama, ella me abrió sus brazos y yo me recliné sobre su cuerpo. Apoyé mi cabeza en su pecho y empecé a llorar mientras ella me daba esas palmaditas que recuerdo de chiquita, y como si me contara un cuento me hablaba y me calmaba diciéndome que todo iba a estar bien, que tengo que tener paciencia, que tengo que ser fuerte y me empezó a enumerar los casos de gente conocida que pasó por lo mismo y ahora está muy bien. Mientras escribo vuelvo a llorar. Por suerte está sonando el celular. No soy de las personas a las que les gusta regodearse en el sufrimiento. Me cuesta estar tan susceptible y llorona.

Mientras estábamos abrazadas llegó Julián, mi sobrino mayor, y se cortó todo. Empezamos a hablar de cualquier cosa: la navidad, la nueva novia de su papá, lo bien que se está recuperando Berti, así le dicen sus nietos, de la cadera... Me fui. Ya era suficiente. Me subí al auto llorando y emprendí mi viaje hacia Cardales. Oscar vino a la noche. Está con problemas en el trabajo y a mí, como nunca, me cuesta mucho hablar de otros problemas que no sean el mío. Y como dice mi amiga Valeria estoy muy «movilizada» como para prestarle atención. Ahora se fue a trabajar otra vez. Tiene que estrenar una trilogía durante el mes de enero. Me quedé sola. Qué pena que también él esté preocupado con sus cosas. No me ayuda a distraerme. Lo necesito más cerca.

Pasé la tarde muy tranquila, leyendo un libro que tengo hace un año en la mesita de luz que estaba esperando su momento: *Una nueva tierra* de Eckhart Tolle autor de *El poder del ahora*. Me lo había recomendado un amigo y lo compré en diciembre pasado para llevar a Punta Cana. Ni lo abrí. En ese momento todo era sol, mar, caminatas por la playa de la mano, estar divina para él y para mí también. Estaba tan plena que no necesitaba nada más. Vivía el ahora a todo momento. Estaba tan presente que descubrí mi cáncer sin sospechar de qué se trataba, de lo contrario hubiese abandonado el presente instantáneamente. Ayer encontré en este libro, en este maestro espiritual, un compañero imprescindible para este momento de mi vida. Me calmó y estaba tan inmiscuida en la lectura que a la nochecita cuando llegaron Malena y Oscar me sobresalté. Empecé a tratar de hacer las cosas que hago todos los días para atenderlos pero era un esfuerzo tan grande, que empecé a maltratar a mi nena, hasta que terminé con un ataque de llanto incontrolable, de la culpa y la impotencia de no poder dominarme. Una angustia insoportable que ahogué con un Rivotril y yéndome a dormir sin cenar. Lo cotidiano se volvió intolerable de repente. Necesitaba seguir adentro mío, en esa lectura que me hacía bien.



Hoy cuando me desperté, abrí los ojos y en ese momento me empezó a doler el pecho. Tuve esa horrible sensación cuando uno no se quiere despertar y seguir con lo que hay que seguir, enterarse de lo que está pasando. Oscar salió del baño y me dijo que había que hacer algo porque había olor a cloaca. Lo escuché, agarré la almohada, metí mi cabeza abajo y empecé a llorar. Él se fue a trabajar y yo arranqué el día lo mejor que pude. Preparé el desayuno de Male, el mío, y me senté afuera tratando de estar mejor. A pesar de la angustia no dejé de hacer mi ritual de todas las mañanas desde hace años, para estar sanita y divina: un litro y medio de agua, un kiwi y una rodaja de ananá, nueces, granola con pasas y almendras con leche, mate y la máscara de rodajas de pepino que me pongo por toda la cara. Es un consejo de una amiga, da excelentes resultados en la piel. Me hago una máscara de rodajas finitas que se adhieren a la piel y me la dejo haciendo efecto durante todo el tiempo que puedo mientras estoy desayunando y haciendo cosas por la casa. Al principio, me daba vergüenza que Oscar me viera así, pero ahora ya están todos acostumbrados. Eso sí, hay que ser constante. No alcanza con alguna vez por mes, ¡todas las mañanas! Sí, yo soy así, constante con las cosas que me hacen bien. Hace veinte años que voy a nadar casi todos los días y ahora no puedo. Extraño mi pileta, hacer gimnasia. La ausencia de deporte también me deprime. Me faltan esas endorfinas o serotoninas o como se llamen esas sustancias que fabrica el cerebro cuando hago actividad física, que me dan felicidad y energía. Terminé de desayunar, me ocupé de las cloacas y como estaba angustiada llamé a mi terapeuta Daniel. Me contó que Borges tenía una muy amiga a la que él quería mucho que murió de repente, y que no podía entender cómo todo seguía adelante con ella muerta. A mí me pasa algo parecido: toda yo soy, estoy, en mi problema. No me importa nada de lo que suceda a mí alrededor: ni los problemas de Oscar con el actor que se le fue de la

obra, ni mucho menos que la compu de Male no ande bien o que quiera ir a andar en bici y no esté inflada. No puedo con nada. Todo me resulta intrascendente y agobiante a la vez. Me provoca un esfuerzo enorme tener que seguir atendiendo los temas cotidianos como si yo no me hubiera enterado de que tengo cáncer, una enfermedad que si no tenés suerte te lleva a la tumba. Voy a hacer la chocolatada. Male volvió de la pileta con hambre.

## Martes 13 de diciembre

«No te cases ni te embarques». No creo en la mala suerte, no del todo. No creo que sea mala suerte lo que me está pasando. Tampoco buena, a pesar de lo que me dicen algunos respecto de la oportunidad y la bendición para cambiar mi vida. Creo que le voy a sacar el jugo a la adversidad y espero que me sirva para hacer algunos cambios que estaban pendientes, pero hoy no veo en esta enfermedad maldita nada tan afortunado. Recién vengo de terapia. Daniel dice que me ve muy bien, fuerte, viviendo las cosas como hay que vivirlas. Ayer tuve un buen día, con la energía suficiente para hacer lo que tenía que hacer: ir al banco, al supermercado, a tomar café con mi prima Claudia y a buscar el boletín de Malena. A la noche, cuando llegué a casa, discutí con Oscar. Él está con sus problemas, cansado, estresado como nunca, ¡y yo también! Yo siempre lo escucho y lo acompaño en todo pero ahora eso me está costando mucho. Él no me conoce así. Hace cinco años y medio que vivo muy pendiente de él. Porque yo lo elegí. No me gusta discutir con él. Él es muy importante para mí.

Fui a la feria del libro del colegio a comprar el material para el año que viene y llegué a casa agotada. Después tenía cena de madres. Nada que me resulte más difícil hoy, pero

pensé: voy a ir porque quiero hablar con ellas para que me ayuden con Male en el verano.

Mientras estaba haciendo el esfuerzo de arrancar para la cena de madres, me llamó mi amigo Dany. Hablando con él me di cuenta de que estaba tratando de hacer algo casi tan difícil como ir nadando hasta Colonia. Desistí, cosa que me alivió mucho y me quedé tranquila en casa comiendo una tortilla deliciosa de puerro y zucchinis que me cocinó Oscar.

Todavía no aprendo a dejar de lado la culpa y lo que «debo hacer». Este es el momento para eso. Tal vez sea uno de los beneficios, si es que los hay. Mañana tengo una fiesta para la que tendría que hacer un esfuerzo mucho mayor, casi como nadar hasta Punta del Este, a pesar de que siempre me gustó ir a ese tipo de acontecimientos. Son los premios TATO. Mi hermano Ale es el presidente de CAPIT (Cámara Argentina de Productores Independientes de Televisión). A partir de ahora los premios CAPIT pasan a llamarse Premios TATO. Eso está bueno. Para ir tengo que gastar plata en maquillaje, peluquería, y tener una actitud ganadora y espléndida de la cual carezco absolutamente. Y lo que es peor, posar para la foto con una sonrisa divina y hacer de cuenta que me importa lo que está pasando ahí. Relacionarme con gente, actuar todo el tiempo. Yo a la tele no le debo nada pero me animo a decir que ella a mí sí, y que uno de mis grandes dolores en la vida fue frustrarme tanto con mi profesión de actriz. O sea que tengo todo mi permiso para no ir, y si es por papá y él está en algún lugar mirándome, me entiende perfectamente. Y si no está en ningún lugar, más fácil todavía, ni se entera. Suena a rencor. Puede que así sea. Tal vez el cáncer me ayude a curar todas esas heridas y otras más que irán brotando de lo más profundo de mí ser, como brotan los tulipanes en Holanda. O tal vez no.